



✝ La conversión de San Ignacio de Loyola

Por Yasniel Romero Marrero, S.J.

✝ Jesús distribuyó el pan a los que estaban sentados, hasta que se saciaron (Juan 6, 1-15)

Por Alden García S.J.

✝ Lo grande en lo pequeño

Por Teresa Díaz Canals



Red Mundial de Oración del Papa



POR LOS LÍDERES POLÍTICOS

Oremos para que los líderes políticos estén al servicio de su pueblo, trabajando por el desarrollo humano integral y el bien común, atendiendo a los que han perdido su empleo y dando prioridad a los más pobres.

LO TUYO ES DARTE

Por Javi Montes, S.J.

Nos empeñamos en apropiarnos
de todo
y nos quedamos solo con la
frustración.
Queremos programar cada
instante
pero la vida se nos escapa de las
manos.

Nos gustaría conocerlo todo
y nos descubrimos los más
ignorantes.
Soñamos con triunfar en cada
proyecto
pero el fracaso nos devuelve a
nuestro sitio.
Lo tuyo es dar, darte, sin calcular.

Lo nuestro es recibir, acoger, sin
preguntar.
Solo me conozco al mirarme en
Ti.
Eres el manantial del que toda
brota,
donde veo la primera luz y
empiezo a correr.

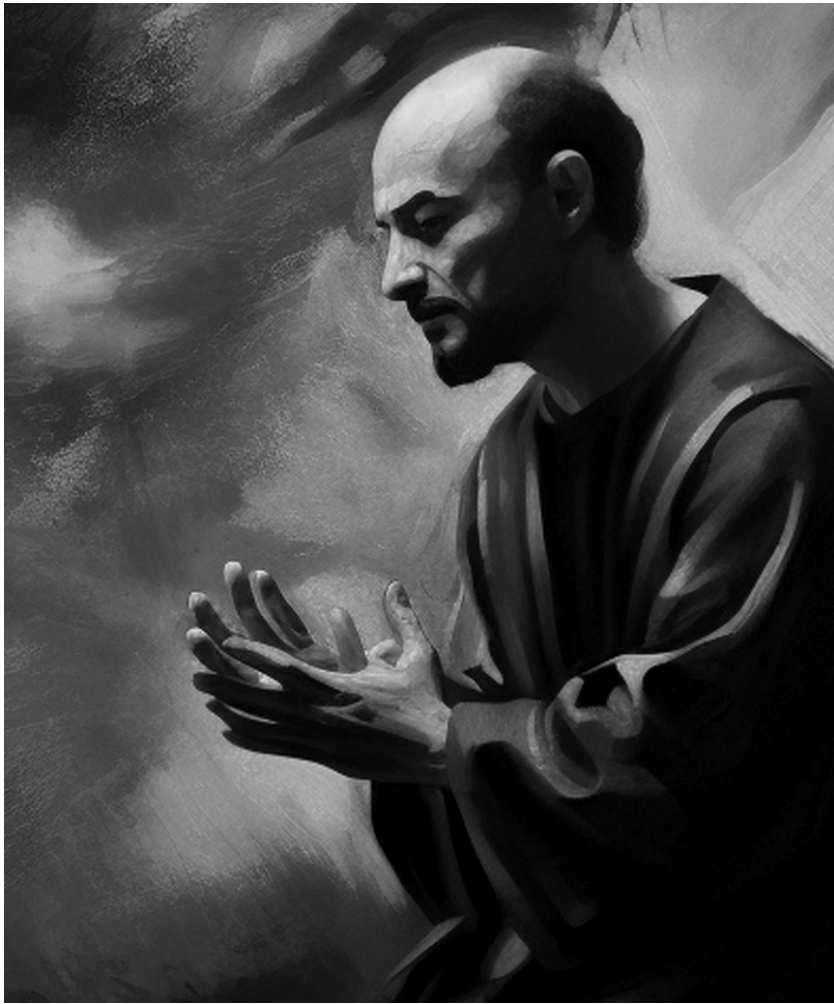
Eres el mar, donde todo acaba
hacia allá me dirijo, en Ti quiero
descansar.

SANTORAL

L 29: Santos Marta, María y Lázaro / **M** 30: San Pedro Crisólogo / **Mi** 31: San Ignacio de Loyola / **J** 1: San Alfonso María de Li-gorio / **V** 2: Santa María de los Ángeles / **S** 3: San Pedro Julián Eymard

La conversión de San Ignacio de Loyola

Por Yasniel Romero Marrero, S.J.



Cada 31 de julio hacemos memoria de San Ignacio de Loyola. No pocas veces nos representamos su vida a través de las imágenes del barroco, tan prestas a exaltar lo grandioso. Con ellas solemos dar cuenta de sus obras más acabadas: la Compañía de Jesús y el impacto de los Ejercicios Espirituales en la vida de la Iglesia; obras que nos remiten permanentemente a la experiencia fundamental de su conversión. Sin embargo, su conversión no se reduce a un hecho particular de su vida ni a un momento concreto entre otros momentos capaz de ser representado en la visualidad de un vitral. Su conversión es, sobre todo, la expresión de una actitud constante a orientar los sentimientos, pensamientos y deseos más profundos hacia Dios, en su seguimiento fiel a Jesucristo.

La conversión de San Ignacio de Loyola se traduce en una vida de itinerancia que

puede ser descrita a través de la metáfora que San Pablo utiliza en 1 Cor. 9, 24-27: un atleta que corre en busca de un bien mayor. Su autobiografía es el testimonio de un constante peregrinar, un peregrinar que comienza con una batalla en el sitio de Pamplona, y una herida que lo hiere en su pierna y en su orgullo.

Es a propósito de esta herida que Ignacio de Loyola opera una primera purificación de sus deseos. Anteriormente, estos estaban orientados por los ideales de la cultura caballeresca, por una especie de búsqueda constante de reconocimiento, honor y gloria. A partir de su convalecencia obligada en Loyola, y gracias a las lecturas de algunos libros piadosos, él experimenta el surgimiento de otros deseos que lo invitan a seguir el modelo de una vida de penitente. Son estos los que finalmente lo ponen en camino hacia otro lugar y hacia otra etapa de su vida espiritual, no menos dura y conflictiva que la anterior.

La vida de San Ignacio nos puede impresionar en sus detalles más particulares, en sus grandes viajes a través de toda Europa, en la determinación de su carácter y hasta en la sutil obstinación de sus propósitos. Pero lo que más nos puede impresionar es la radical similitud de su actitud constante de conversión con la de otros tantos, sin importar la época ni las diferencias de carácter. Basta encontrar esta misma actitud en la vida de un San Pablo o en la vida de un San Agustín, para concluir que la conversión no es un producto exclusivo de una personalidad, sino que tiene su origen allí hacia donde mismo se orientaron sus vidas: en Dios, como don absoluto que se nos revela en Jesucristo.

Jesús distribuyó el pan a los que estaban sentados, hasta que se saciaron (Juan 6, 1-15)

Por Alden García

La gente en los alrededores del Mar de Galilea vivía de la pesca, la agricultura y pequeñas actividades comerciales. El Evangelio nos da a entender que muchas de estas personas se encontraban enfermos y hambrientos, sin un trabajo mediante el cual expresar la creatividad de sus vidas.

Jesús pasó tiempo en estos pueblos. Compartió las precariedades de la gente. Sintió en carne propia el hambre de los niños que no entienden qué es el hambre, pero lo experimentan como un latigazo en el estómago. Experimentó la impotencia de las madres al ver a sus hijos dormir hambrientos. Para Jesús, quienes sufrían no eran unos extraños, sino hermanos de pueblo que merecían un trato justo y misericordioso porque eran hijos de Dios. Esta gente, que vivía de migajas, le tocó el corazón a Jesús.

Si miramos la realidad de nuestros pueblos, comunidades y muchas personas con las que convivimos diariamente, no se distancia de aquella realidad que entonces rodeaba el Mar de Galilea. En el evangelio del día, cuando Jesús alza la mirada y ve venir hacia él mucha gente que padece necesidades, siente compasión. Jesús nos pide que creamos en el don de lo pequeño ofrecido como acción de gracias. Cuando no sabemos qué hacer ante la dificultad, el Señor logra ver y anunciar lo que otros ojos no llegan a ver ni les interesa anunciar. Jesús ve en un muchacho que tiene cinco panes y dos peces la novedad del Reino.



Este poco de panes y peces, que parece inservible para dar de comer a tantos, puesto y compartido en las manos del Señor, alcanza para todos.

Cuando Jesús multiplica los panes y los peces a partir del don de un muchacho, nos está invitando a compartir y repartir nuestros dones, que puestos al servicio

de la comunidad hacen germinar creativamente la vida; una vida donde nadie sobra y nada se pierde. Cada uno de nosotros tiene dones y bienes por los cuales dar gracias, para servir. Preguntémonos: ¿Cuáles son esos dones y bienes que tengo para ofrecer, que ayudan al otro a sentirse más humano, y que me despiertan a la vida nueva?

Recuerdo la historia de una mujer que cuidaba a su tío en un hospital oncológico. Me comentó que mientras lo acompañaba, se había dado cuenta de innumerables bienes que recibe a diario. El bien de poder respirar por ella misma, de comer sin ahogarse, de dormir toda la noche; el bien de estar sin dolores, de hacer las necesidades básicas sin mayores dificultades, de poder caminar, recibir el sol, tener familia; el bien de contar con la presencia del Señor en tiempos de aflicción. Ella daba gracias por tener fuerzas y sensibilidad para acompañar a su tío enfermo.

MENSAJE
DE VIDA

No hay que hacerse ilusiones. Nadie puede ser excelente en las cosas grandes, si primero no lo es en las pequeñas».

San Francisco Javier

30 julio. Día Internacional de la Amistad

Lo grande en lo pequeño

Por Teresa Díaz Canals

*Hay amigos que llevan a la ruina,
pero otros que son más fieles que un
hermano.*

(Proverbios 18-24)



Hannah Arendt, una de las grandes teóricas políticas del siglo XX, de origen alemán, poseía “el don de la amistad”. Consideró a sus amigos el centro de su vida: les dedicaba sus libros, enviaba cartas y poemas por sus cumpleaños. Por largo tiempo, en medio de un proceso de guerra, exilio, otros idiomas y costumbres, lo que mantuvo inmutable fue su lengua materna y la amistad. Ella solo dejaba de lado a los que únicamente pensaban en sí mismos. Al tener que emigrar a EE. UU., como resultado del estallido de la Segunda Guerra Mundial, conoció nuevas amistades. Con Mary McCarthy la amistad fue muy profunda, a ella le dedicó su texto *Sobre la violencia*. Hannah y su esposo le decían La Tribu al conjunto de amigos.

Cesare Pavese, escritor italiano con una vida llena de tensiones que lo condujeron al suicidio en un hotel de Turín, buscó la calma a través de la literatura y, por tanto, quiso la soledad de manera voluntaria para que no fuera dolorosa: “Por viva que sea la alegría —escribió en su diario en 1947— de estar con amigos, con alguien, es más fuerte la de irse solos, después”.

Cuando la filósofa española María Zambrano visitó nuestro país, estableció una gran amistad con un grupo numeroso de intelectuales cubanos, entre ellos José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Jorge Mañach, Roberto Agramonte, Fernando Ortiz y Lydia Cabrera. En carta enviada a Lezama desde Europa, refleja el inmenso aprecio que les tenía a sus conocidos cubanos: “También yo veo una palma entre los cipreses y los pinos a la luz rosa del crepúsculo romano, y les recuerdo, mis amigos”. Fue tan profunda esa amistad que, junto al autor de *Platero y yo*, Juan Ramón Jiménez, contribuyó a la reconciliación definitiva entre el pueblo español y el cubano.

A pesar de las contradicciones que tuvieron Lezama y Virgilio —las cuales provocaron que discutieran al punto de casi llegar a los puños en la entrada del Liceo de La Habana, en el Vedado, y por cuyo motivo no se hablaron durante un tiempo— cuando el primero publicó su novela *Paradiso*, Virgilio lo llamó y le dijo: “Oye, gordo, has escrito la obra más grande que se ha escrito en Cuba. Estoy contigo”.

Fue tal el aprecio y la admiración que le tenía que le escribió: “Lo que cuenta, lo único que cuenta (y creo que bastante nos fortalecíamos con tal idea, de sillón a sillón, en el reducido espacio de tu cuarto) es trabajar en la obra. [...] Qué sereno tiempo cuando este libro y tu libro; tus libros y mis libros se encuentren en una librería cualquiera en un precioso tiempo que formen cien años sobre tu muerte y la mía”. Cada vez que leo esas palabras me emociono, constituyen un monumento invaluable a la amistad, a la eticidad entre intelectuales.